

DOSSIER

LA LEGENDARIA TARTESSOS



Envuelta en las brumas de la leyenda hasta que la arqueología comenzó a darle forma, la mítica cultura de Tartessos, el fabuloso reino de Argantonio, va desvelándose a los investigadores, aunque todavía esconde muchos de sus misterios

El fabuloso reino de Argantonio

Manuel Bendala Galán

Una cultura llena de enigmas

Sebastián Celestino Pérez



El armamento tartésico

Fernando Quesada

Los vaivenes de la leyenda

Jorge Maier Allende

La quimera enjaulada

Sumida en la bruma de la leyenda durante siglos, la cultura tartésica va cobrando perfiles cada vez más reales, gracias a las aportaciones que la arqueología va sacando a la luz

Detalle de un jarro tartésico de estilo orientalizante (Museo Lázaro Galdiano, Madrid). En la página anterior, el llamado *Bronce Carriazo*, que representa a una divinidad equiparable a Astarté (Museo Arqueológico, Sevilla). El dibujo que se emplea como pase en el dossier reproduce la estela de Solana de Cabañas, que aparece en la página 72.

TARTESSOS ES UN NOMBRE CARGADO de atractivo, una cultura mitificada en la Antigüedad, que en los tiempos modernos se mantuvo con la misma aura de leyenda porque era difícil salir de la bruma con las pocas luces que arrojaban las ciencias históricas y por una necesidad de fascinación que ha existido y existe siempre, se reconozca o no, si los vientos de la cultura, en el caso último, prestigian más la racionalidad o la verdad que el sueño o la delectación por el mito.

Leyenda y realidad daban a lo tartésico una corporeidad doble y contrapuesta, como la de tantos especímenes de la fauna fabulosa con que los antiguos poblaron los campos de la Literatura y del Arte. Tartessos era una quimera, un monstruo híbrido de realidad y fantasía, que, como todos, se resistía a entrar en el rebaño de las criaturas reales, y no digamos en el de los animales domésticos, los que conviven sin violencia, ni mental ni física, con los humanos, que los hacen suyos.

Su parte más irreal creció con inusitada envergadura cuando los historiadores quisieron domesticarla, desentrañar sus misterios y, de leyenda tal vez desazonadora pero generalmente apacible, se convirtió en una fiera historiográfica, una bestia a veces enfurecida que enfurecía también a quienes disputaban sobre el método de hacerla caer en la red de la Historia.

Filólogos, paleogeógrafos, historiadores, arqueólogos... acercaban al monstruo sus armas para frenar los zarpazos de su irrealidad. Todos fueron mermando la fuerza turbadora de su anatomía mítica, pero fue cobrando un particular prestigio combativo la conciencia de que la única manera de batirla definitivamente era robustecer directamente la parte real de su cuerpo... y el alimento que lograba ese prodigio era la Arqueología.

Con ella se podía dar envergadura a su cuerpo histórico y contrarrestar el desequilibrio anatómico de la fantástica criatura.

Con las cautelas de toda labor de lucha o de doma, la quimera tartésica ha ido creciendo del lado real con enorme vigor en los últimos decenios, empequeñeciéndose el peso de su lado mítico, apenas ya un apéndice casi atrofiado de su robusta anatomía arqueológica e histórica. Perdido el explicable temor de antaño, se contempla ahora su parte fabulosa con un punto de nostalgia, de casi melancólica complacencia con su fascinante irrealidad.

Pero ¡cuidado!— el cuerpo histórico ha revelado que también contiene un punto de sorpresa, a veces con respuestas tan inesperadas o tan inentendibles como las de su cuerpo legendario. Por todo ello, lo adecuado era poner barrotes forjados también con la Arqueología a una criatura de la Historia y de la leyenda con la que seguimos conviviendo con problemas. La tenemos bien a mano, sometida bajo una clara posición de dominio científico para seguir esrutándola, pero a sabiendas de que sigue siendo un ser peculiar, que aún no podemos llevar al apacible redil de las criaturas domesticadas de antiguo.

Y salgamos ahora del campo de las metáforas para, lacónicamente, hacer ver al lector que encontrará, en los tres artículos que integran este dossier, en primer lugar, una aproximación a la época de esplendor y menos discutida, en la que Tartessos alcanzó, como consecuencia de la colonización fenicia, la fase más brillante de su desarrollo cultural e histórico; a continuación, una lectura sintética de las últimas aportaciones arqueológicas acerca de cómo se formó la cultura tartésica, en lo que sigue habiendo aspectos oscuros y discutibles, que podrían suscitar un diálogo con coincidencias y discrepancias entre los redactores mismos de estas páginas; en tercer lugar, uno de los múltiples capítulos que pueden analizarse dentro de esta cultura, el armamento tartésico y, por último, una sucinta aproximación a la trayectoria historiográfica de Tartessos y una bibliografía comentada.

Manuel Bendala



Collar de oro con restos de esmalte (izquierda) y brazalete del mismo metal. Las dos piezas, procedentes del tesoro de El Carambolo (siglo VI a.C., Camas, Sevilla), se cuentan entre las más refinadas del arte tartésico (Museo Arqueológico de Sevilla).

El fabuloso reino de Argantonio

El rey que ofreció a los griegos focenses tierras donde establecerse y bienes para fortificar su ciudad amenazada personifica el apogeo de Tartessos

Manuel Bendala Galán
Catedrático de Arqueología
Universidad Autónoma de Madrid

EL REY TARTÉSICO DE NOMBRE ARGANTONIO, que recibió a los griegos focenses y les ofreció tierras donde establecerse o bienes con los que fortificar su ciudad amenazada, sirve de referencia en la que personificar, con la aureola de poder y de prestigio con que lo pinta Heródoto, la fase de apogeo de la cultura tartésica, que se extiende desde fines del siglo VIII a.C. al siglo VI, en el que entra Tartessos en una fase de crisis y de cambio histórico. El proceso cimentado en su etapa formativa, férreamente vigilado por la casta retratada en las estelas de guerreros, daría un giro espectacular con la llegada de los colonos orientales, sobre todo los fenicios, a cuya influencia se deberá el carácter *orientalizante* que

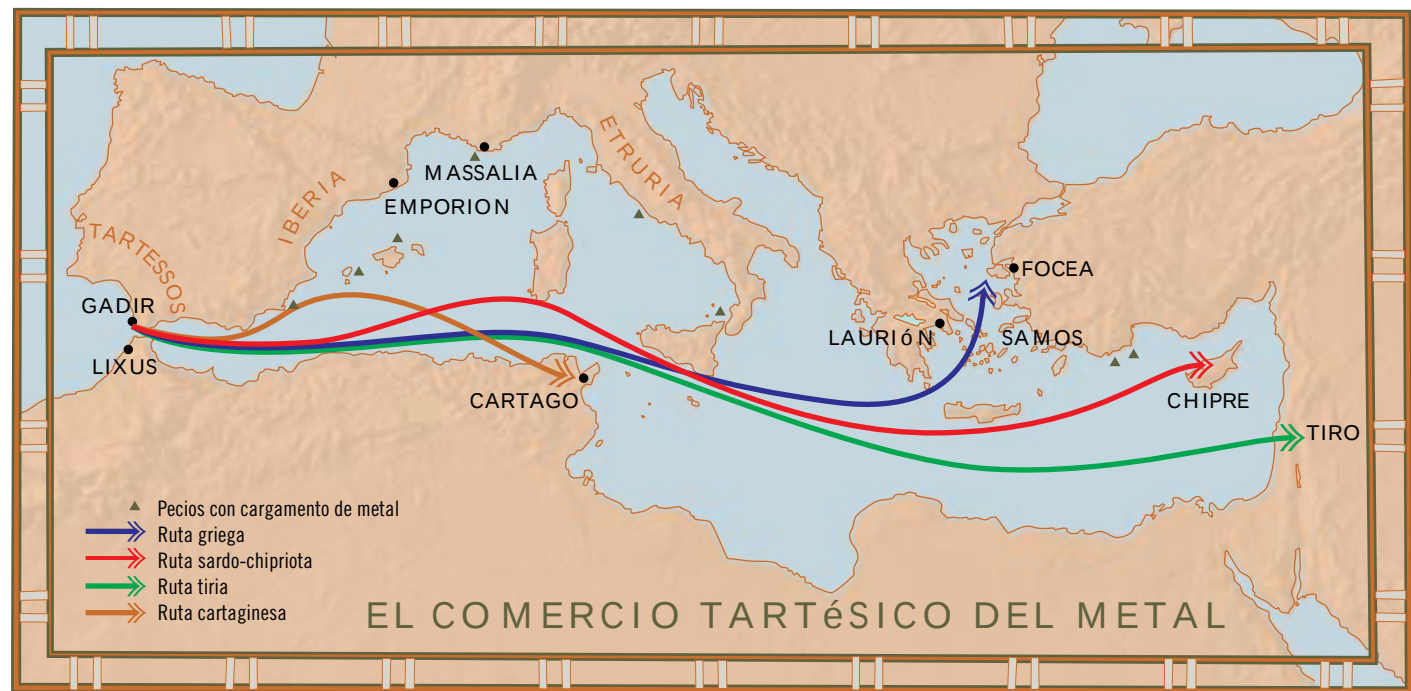
adquiere la cultura tartésica, la única considerada tartésica hasta hace no muchos años.

La llegada de los fenicios

Hoy sabemos que sus raíces son más antiguas, y que sólo por la existencia de la etapa formativa de Tartessos pudo darse con la efectividad que lo hizo la propia colonización de los semitas. Acudieron éstos, en efecto, con sorprendente diligencia, a sacar partido de las posibilidades que los tartesios habían empezado a poner en valor en las feraces tierras del Mediodía español y sus ambientes geográficos próximos o accesibles desde ellas, sobre todo en la obtención de metales y de sus productos. Era explotar las posibilidades extraordinarias de la región, según eran percibidas en la Antigüedad, tal como dirá después el griego Estrabón. Este, hablando de la Turdetania —la antigua Tartessos— destacaba, además de su ri-

DOSSIER





queza agropecuaria, “la abundancia de minerales..., motivo de admiración, pues si toda la tierra de los iberos está llena de ellos, no todas las regiones son a la vez tan fértiles y ricas..., ya que es raro se den ambas cosas a un tiempo y que en una pequeña región se halle toda clase de metales” (Estr. III,2,8).

Desde fines del siglo IX a.C. empieza la Arqueología a seguir la pista de una presencia fenicia que se haría firme a partir del inicio del siglo VIII a.C. Fundaron entonces –según los textos, fue aún antes– la colonia de Gadir (Cádiz), acompañada de un rosario de asentamientos menores y factorías que punteaban toda la costa sur de la Península, mediterránea y atlántica. No es casualidad que el centro operativo básico de Gadir se ubicara en la boca del río Guadalquivir, la arteria principal de navegación y vertebración de la región nuclear de Tartessos, el río que, sobre una realidad cargada de valores metafóricos, describía Estesícoro como “de raíces argénteas”.

A poca distancia de su ribera derecha, se yerguen las suaves alturas de Sierra Morena, con sus ricas cuencas mineras, ya intensamente explotadas en época tartésica, como se comprueba en la actual provincia de Huelva, gracias a las investigaciones llevadas a cabo en las cuencas de Riotinto, Aznalcóllar y otros lugares. Demuestran un intenso laboreo para la obtención de plata, en una región en la que era ya milenaria la metalurgia del cobre y en la que abundaba el oro y tenía a la mano el inestimable estaño.

La investigación moderna demuestra que la implantación de los fenicios no se conformó con centros isleños y factorías que desde la costa sirvieran de apoyo a sus negocios comerciales. Se conoce ahora un afán de control que, ade-

Las rutas del comercio de metales procedentes de Tartessos se han trazado según el modelo de Claude Domergue. Abajo, cubos de ruedas de carros rituales, procedentes de la necrópolis de La Joya, Huelva. Los felinos de fauces abiertas eran un símbolo de las fuerzas protectoras de que se revestían los carros funerarios rituales.



más de fuertes establecimientos en la costa, como el gran poblado fortificado del Castillo de Doña Blanca (en el término de El Puerto de Santa María), se proyectó con gran fuerza hacia el interior, en un rápido proceso que pudo resultar casi asfixiante para los tartesios, puesto de relieve en estos últimos años.

Grupos de fenicios se trasladaron diligentemente al interior, donde tomaron plaza muchas veces formando colonias de comerciantes y artesanos en, o junto a, los asentamientos tartésicos, como debió de ocurrir en Carmo (Carmona, Sevilla), una plaza principal para el control del bajo valle del Guadalquivir, apoyo de la vía terrestre –la famosa Via Heraklea– que por el valle seguía el curso del río; o propiciando la creación de centros nuevos, como se sospecha ahora que fue el caso de la misma Spal (Hispalis en época romana, la actual Sevilla), en la Antigüedad un centro portuario junto al lago interior que ocupan las marismas del Guadalquivir y en la misma desembocadura, entonces, del río; o haciendo valer una fuerte presencia en los ambiciosos centros desde los que se controlaban las actividades minero-metalúrgicas, como pudo ocurrir con el importante asentamiento de Tejada la Vieja (en Escacena del Campo, Huelva).

Los modernos datos arqueológicos parecen confirmar una presión fenicia que pudo conducir a fricciones o conflictos abiertos con los tartesios, como los que comentan algunos historiadores de época romana, que recuerdan batallas emprendidas por los tartesios contra Gadir, en un caso encabezadas por un rey de nombre Therón, que se saldaron siempre, significativamente, con el triunfo de los fenicios. No es extraño que los tartesios los recibieran

con cautela, conscientes tal vez de que podían suponer una competencia incontrolable o un verdadero peligro de suplantación. Y lo que podía barruntarse por pura lógica, o por las pocas y lejanas noticias de los textos antiguos, va encontrando confirmación en el flujo de novedades arqueológicas que hacen percibir una actividad fenicia dirigida a controlar cuanto fuera posible la red económica de los tartesios y la estructura política que la aglutinaba.

La visita de los griegos

Los griegos siguieron de cerca los pasos de los fenicios, pero no desarrollaron en el ámbito tartésico, ni en general en este extremo occidental de la cuenca mediterránea, un programa colonizador comparable al de éstos. Su actividad se limitó, fundamentalmente, a la fundación por los focenses de Massalia (Marsella), de la colonia de Emporion en la costa gerundense, cerca de la cual, en Rosas, se situó otro centro griego menor, el de Rhodes, aunque su presencia comercial y su peso cultural, más trascendente si cabe, impregnó toda la costa mediterránea, y no dejó de tener incidencia en la historia y la cultura de Tartessos.

El mismo Heródoto se hizo eco de algunos episodios de gran interés, que tratan de la relación de su mundo con el tartésico. Aparte de la citada relación con los focenses, quizá una forma de contrarrestar la actividad casi monopolística de los fenicios, sucedió antes un acontecimiento destacable. Ocurrió hacia el 630 a.C., en que un navío de Samos –ciudad e isla también de la Jonia griega, como Focea–, capitaneado por un tal Coleo, navegaba hacia Egipto cuando fue arrastrado por vientos apeliotas del Este más acá de las Columnas de Hércules hasta arribar a Tartessos; calurosamente acogido por los naturales de

Barco fenicio de comercio y corso, según una litografía de M. Pujadas (1877), abajo.

Anverso y reverso de una moneda fenicia de cobre, acuñada en Cádiz, derecha.

aquí, obtuvo beneficios que superaron los de cualquier otro comerciante, excepción hecha –puntuatiza Heródoto– de un egipto de nombre Sóstratos. De regreso a su patria, dedicó Coleo a la diosa Hera un riquísimo exvoto en acción de gracias: un monumental caldero de bronce, adornado con cabezas de animales fantásticos –de grifos–, y sostenido por tres gigantes que, arrodillados, medían siete codos de alto (unos tres metros).

El relato, adornado con tintes novelescos, es aceptado como verosímil y cuenta con apoyaturas arqueológicas, puesto que, aparte de que el hallazgo de multitud de productos griegos de la máxima calidad en el ámbito tartésico prueba el contacto comercial con los centros de producción helénicos, en la misma Samos han sido hallados marfiles de origen tartésico correspondientes a las fechas del viaje de Coleo. Pudieron ser parte de un botín de vuelta de un viaje como el narrado por Heródoto, perfecta expre-



DOSSIER



sión de la afamada riqueza de Tartessos en estas fechas centrales de la época orientalizante, plataforma de magníficos negocios, asociados además a los productos de prestigio más característicos de entonces, como los objetos suntuarios de bronce ricamente decorados, expresión de la gente de poder –los *aristoi*, según el término griego de *aristócratas*– en los ambientes privilegiados de los santuarios, las tumbas o los palacios.

Tiempos de expansión y riqueza

El hecho es que la sólida implantación territorial de Tartessos desde su etapa formativa, puesta de manifiesto por la amplia repartición de las estelas de guerreros y la difusión de sus otros productos característicos hasta muy adentro de la Península, tuvo el complemento de una ágil salida al mar y al comercio internacional proporcionada por los fenicios. Producción y comercialización –con ámbitos de acción repartidos y en progresiva competencia– se complementaron eficazmente por la calidad de la primera y la sorprendente capacidad de



Pectoral de oro del tesoro de El Carambolo. Abajo, vista aérea de las excavaciones del complejo de Cancho Roano.

los mercaderes semitas para servir de agentes a un comercio regular y a una escala geográfica extraordinaria para su época. Visto desde fuera, la actividad en torno a Tartessos llenó en este extremo del Mediterráneo el plato de la oferta de una balanza que tenía en el otro extremo el de una demanda cada vez más exigente, sobre todo de metales. Ese papel equilibrador, en la medida en que fue capaz de responder con sus productos al peso ingente de la demanda de las grandes civilizaciones del Mediterráneo oriental, dio a Tartessos la dimensión mítica, de verdadero país de fábulas, que muchos textos conservados le otorgan. El bronce tartésico, por el uso de la mejor materia prima y por el aprovechamiento de experiencias y técnicas tan punteras como las desarrolladas en el ámbito del Bronce Atlántico, debió circular entre sus compradores –según se colige de algunos testimonios– con el marchamo de calidad de *bronce tartésico*, verdadera *denominación de origen* que garantizaba el mejor producto. Y lo mismo la plata, que

EL SANTUARIO DE CANCHO ROANO

El complejo arquitectónico, orientado al sol naciente, se levantó en una pequeña vaguada junto al arroyo Cagancha, en el término municipal de Zalamea de la Serena (Badajoz). Su origen se remonta a los inicios del período orientalizante, cuando sobre una cabaña ovalada se erigió el primer edificio, ya con una técnica de clara inspiración mediterránea. Sobre este primer monumento se construyó un segundo, del que conocemos su planta, en la que se han documentado hasta tres altares de adobe, dos de ellos en forma de *piel de bóvido*. Por último, a mediados del siglo V a.C., se decidió clausurar este segundo santuario para edificar el ahora visible, muy bien conservado.

Se construyó con un sólido basamento de piedra y alzados de adobe, y fue enlucido por el exterior con arcilla roja, como los suelos de las habitaciones, mientras que el interior fue totalmente encalado. Para realzar aún más el cuerpo principal del santuario, se construyó una terraza de piedra de gran tamaño, también encalada, que lo rodea por completo. Al cuerpo principal se accede por un patio cuadrado, con un pozo en el centro, que aún hoy mantiene su nivel de agua. La entrada al edificio se realiza mediante una escalera de piedra construida en la esquina septentrional del patio, que conduce a una estancia que, a su vez, comunica con un gran ambiente transversal, que cruza todo el edificio y sirve de distribuidor a los espacios del



fondo. Se disponen en tres cuerpos independientes en la zona meridional, almacenes en los que se hallaron ánforas y orzas que contuvieron cereales, aceite, vino, miel y otros productos alimenticios, así como una gran cantidad de objetos de bronce –calderos, recipientes rituales, jarros, arreos de caballo, etcétera–; la septentrional consta de una habitación alargada, en cuyo fondo había un telar, a la que abren tres pequeñas estancias en las que se halló gran parte de los materiales de importación que caracterizan al yacimiento: alabastrones, copas griegas, cuentas de pasta vítrea púnica, escarabeos egipcios, marfiles, sellos de lidita, cuentas de ámbar y cornalina y buena parte de las joyas de oro del santuario. En el eje central del edificio se erigió la habitación principal, verdadero lugar sacro del complejo, en cuyo centro se levantó un gran pilar rectangular

que haría las veces de altar. Tal vez lo más sobresaliente de este espacio principal es que el pilar se alza sobre los respectivos altares de los dos edificios anteriores. Por último, el monumento está rematado, a modo de torres, por dos habitaciones: la de la entrada, donde se construyó una escalera para acceder a la terraza y a la planta superior hoy perdida, y la suroriental, tal vez lugar de residencia.

Rodea el edificio una serie de estancias perimetrales, seis por cada lado, donde se depositaron ricos ajuares a modo de ofrendas. Todo el complejo monumental está rodeado por un foso excavado en la roca, que en algunos puntos busca los niveles freáticos para mantener siempre una lámina de agua que ensalce la construcción. En la zona oriental, por donde se llega al santuario, se construyó una pequeña muralla con dos torres poligonales en el centro que flanquean la única entrada posible a la construcción.

El edificio fue intencionadamente incendiado, destruido y posteriormente sellado con tierra antes de ser abandonado, echándose en falta tan sólo los elementos sacros, seguramente recuperados para mantener el culto en otro lugar. El continuo cauce de agua del arroyo Cagancha, aún en épocas de fuerte sequía, así como la construcción de pozos en el interior, avalan el papel primordial que debió jugar el agua tanto para la construcción como para el culto en el lugar.



se hizo imprescindible para la regulación y fijación de precios de un mercado inmenso y en desarrollo imparable, y debió de contribuir poderosamente a la multiplicación de las primeras grandes acuñaciones monetales en plata, como se supone para las llevadas a cabo por las activas ciudades griegas de Sicilia.

Tartessos, en fin, se vio aupada por el empuje de una coyuntura favorable al desarrollo de una economía de gran rentabilidad, controlada por dirigentes de una sociedad muy jerarquizada, de corte aristocrático, que demandaban los conocidos productos de prestigio de marfil, bronce y metales preciosos que, por su rareza, por la materialización de la más alta tecnología de la época, eran expresión de su exclusividad y de su rango. Los fenicios fueron principales agentes de la obtención de esas mercancías tan simbólicas y preciadas, sea por el comercio, sea por la aportación de una tecnología que desarrolló su actividad en talleres directamente actuantes en Tartessos, regentados por fenicios o por tartesios adiestrados en las mismas prácticas



El hallazgo del tesoro de El Carambolo (Camas, Sevilla) en 1958 fue definitivo para incrementar el interés y la investigación sobre Tartessos. Estaba oculto en una cabaña y pudo servir de ornato a una imagen de culto, tal vez de madera (Museo Arqueológico de Sevilla). Abajo, anverso y reverso de una moneda fenicia de cobre, acuñada en Cádiz.

artesanales. De unos o de otros, sus productos constituyen la más conspicua expresión del brillo de Tartessos en esta etapa de madurez, la prueba material de lo que había llegado a ser una especie de antiguo Eldorado en el Occidente del Mediterráneo.

Jarros y páteras, candelabros, armas, adornos de carros y arreos de caballos, todo un repertorio de lujosos productos de bronce quedaría amortizado en tumbas y santuarios, testimonio de un mundo de pompa y ceremonia en el que se reconocían y con el que se presentaban en sociedad los poderosos *aristoi* que la encabezaban. Y no digamos las joyas, sobre todo las de oro y otros materiales preciosos, que condensaban en su rareza, en el alarde preciosista de sus técnicas –con costosísimas decoraciones de granulado o de filigrana– la idea de la pertenencia a una esfera superior.

Había cosas, igualmente relacionadas con la imagen de los poderosos, de las que no quedan vestigios materiales, como los suntuosos vestidos, de paños tejidos y bordados, que constituían, como acreditan los textos, una de las principales mercaderías de los fenicios. No en vano los llamaron los griegos preci-

DOSSIER





Boca trilobulada del jarro de Valdegamas (Don Benito, Badajoz). Se asoma a ella una diosa de los animales, representada en forma de busto entre dos leones echados.

samente *phoinikés* –el nombre por el que los denominamos, distinto del de cananeos que a sí mismos se daban–, que quiere decir *los hombres de la púrpura*, por haberse hecho especialmente famosos como mercaderes de paños teñidos de rojo, con el tinte que obtenían de un conocido molusco de la familia de los múrices, las populares cañadillas.

Una sociedad muy jerarquizada

Con todo ello componían el perfil de su clase dominante, bajo la cual, seguramente con pocos escalones intermedios, se hallaba una amplia masa social casi desprovista de derechos –campesinos, artesanos, mineros–, base de un sistema calificado por algunos investigadores como de servidumbre comunitaria. Se trataría, más que de una fórmula de esclavismo puro, de un sistema en el que los poderosos no tendrían la propiedad directa de las personas, sino de los medios de producción y del producto mismo, que controlaban para el comercio y lo distribuían a los productores para su sustento y mantenimiento.

En la cúspide de la estructura social se hallaba la figura de un monarca, como el citado Argantonio, representante de una forma suprema de poder que los estudios modernos tienden a caracterizar como *monarquía sacra*, esto es, un poder sacralizado que se transmitía en el seno de una dinastía familiar, legitimado por prácticas de culto dinástico, conocidas también en las primeras etapas históricas de otras culturas principales del Mediterráneo, como la etrusca, con la que la tartésica tiene muy estrechos parangones.

Uno de los acontecimientos arqueológicos más importantes de los últimos años, en relación con la cultura tartésica, ha sido el hallazgo y la excavación de un sorprendente edificio en la periferia de Tartessos, en tierras del municipio de Zalamea de la Serena, en Badajoz, que pudo ser residencia o centro de representación y de culto de un soberano sacralizado del mundo tartésico. Se trata del llamado palacio-santuario de Cancho Roano, un edificio singular por su forma y su contenido, referente de una actividad de alto significado político, religioso o simbólico.

De su rica y compleja realidad puede destacarse la existencia de una capilla central que cubre una estancia en la que se hallaron altares con una forma característica, de piel de buey abierto o de lingote de cobre de tipo chipriota –que imita el esquema de la piel del buey–; son los elementos más significativos de este ambiente central, especialmente vinculado a ceremonias culturales, quizá con una dimensión de culto dinástico que aseguraba, remitiéndose al plano de lo divino, el poder del soberano y la continuidad familiar del mismo.

Los altares y la estructura del edificio responden a modelos orientales, sirios, fenicios o chipriotas, una expresión particularmente intensa del tono orientalizante general que impregna la cultura de la época y las estructuras sociológicas y políticas que la sustentaban. Se han puesto en relación los altares con prácticas sacrificiales de novillos o bóvidos, bien documentadas entre los fenicios, asociadas, por ejemplo, al culto al dios Baal. Relacionada, entre otras facetas, con la navegación y el comercio, su presencia en un santuario como el de Cancho Roano hace pensar, también, en la posible función que estos centros sagrados cumplían en el mundo antiguo, y desde luego en el oriental y fenicio, que es servir de referencia a una actividad económica y comercial que se realizaba al amparo de la protección del dios

HERÓDOTO Y TARTESSOS

Algunos de los más importantes textos sobre Tartessos se deben a Heródoto, quien menciona la ciudad como asombrosa fuente de riquezas al evocar el viaje de un comerciante de Samos (4, 152):

“Acto seguido los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar ansiosos de llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de Levante. Y como el aire no amainó, cruzaron las Columnas de Hércules y, bajo el amparo divino, llegaron a Tartessos. Por aquel entonces ese emporio comercial estaba sin explotar, de manera que a su regreso a la patria, los samios con el producto de su flete, obtuvieron que nosotros sepamos con certeza muchos más beneficios que cualquier otro griego...”

En otra parte de su *Historia*, al hablar de los viajes de los focenses a Occidente (1, 163) refiere:

“Los habitantes de Focea fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tartessos. No navegaban en naves mercantes, sino en pentecónteras. Y al llegar a Tartessos hicieron gran amistad con el rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonio, que (como un tirano) gobernó Tartessos durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Pues bien, los focenses se hicieron tan amigos de este hombre que, primero lo animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen, y, luego al no poder persuadirles sobre el caso, cuando se enteró por ellos de cómo progresaba el medio, les dio dinero para rodear su ciudad con un muro”.

y legitimaba, por el prestigio de la divinidad, la presencia y el quehacer de sus promotores.

Joyas de culto

Ha sido, por lo demás, una sorpresa constatar que la forma de los altares debió de convertirse en signo de una alta significación religiosa, que se repite en los descubiertos después en otros santuarios orientalizantes –como el recientemente excavado en Coria del Río (Sevilla)–, o en ambientes sagrados y funerarios ibéricos, una prueba de la continuidad de aspectos sustanciales de la cultura tartésica en la ibérica que la siguió. Con estos nuevos datos se entiende mejor el significado religioso de las joyas del famoso tesoro de El Carambolo, puesto que los dos *pectorales* que forman parte significativa del mismo se amoldan a esta forma sagrada basada en la piel del bóvido.

Creo, con otros investigadores, que las joyas de este singular tesoro no son otra cosa que adornos para una imagen de culto, seguramente una estatua de madera como las que eran habituales en las etapas arcaicas de las culturas mediterráneas. Ellas forjaron una tradición de prácticas religiosas, que incluían el ornato ritual de las imágenes, que perdurará con gran fuerza en culturas posteriores, antiguas –como la ibérica o la romana– o más recientes, hasta alcanzar nuestros propios días.

Crisis y ocaso de Tartessos

Conviene hablar brevemente de la crisis y ocaso de Tartessos para quitar importancia a un fenómeno que no fue, en ningún caso, un final que merezca el largo informe que parecería propio de la autopsia a un cuerpo muerto para indagar las causas del radical cambio que supone pasar de la vida a la muerte. Lo que entendemos por Tartessos experimentó una crisis notable en el siglo VI a.C. por la combinación de una serie de factores no del todo conocidos que determinaron un cambio de coyuntura, un sesgo a la trayectoria histórica anterior. Pero, pese a algunos traumas, puede entenderse en alguna medida como una crisis de crecimiento, y no tanto de acabamiento.

La crisis de Tiro, en este caso con el fin de su importancia como metrópoli cabeza de un Imperio colonial, por los golpes de asirios y babilonios; la imposición de Cartago como nuevo líder de los semitas de Occidente, que intensificaría el afán de control y de dominio territorial de los fenicios en la nueva etapa *púnica*; la creciente imposición de la metalurgia del hierro y otros fenómenos determinaron el paso a una etapa distinta.

El mundo tartésico se perpetuó en el turdetano, con un nombre que habla por sí sólo de las diferencias y de la continuidad. Las primeras tuvieron entre sus determinantes una cada vez más intensa penetración territorial de los púnicos –hasta el punto de que Estrabón llegará a decir que la mayoría de las ciudades de la Turdetania y de las regiones vecinas estaban pobladas por ellos–; y, también, una ascendente presencia de célticos en el occidente de las tierras tartésicas. Pero, tanto en el ámbito estricta-

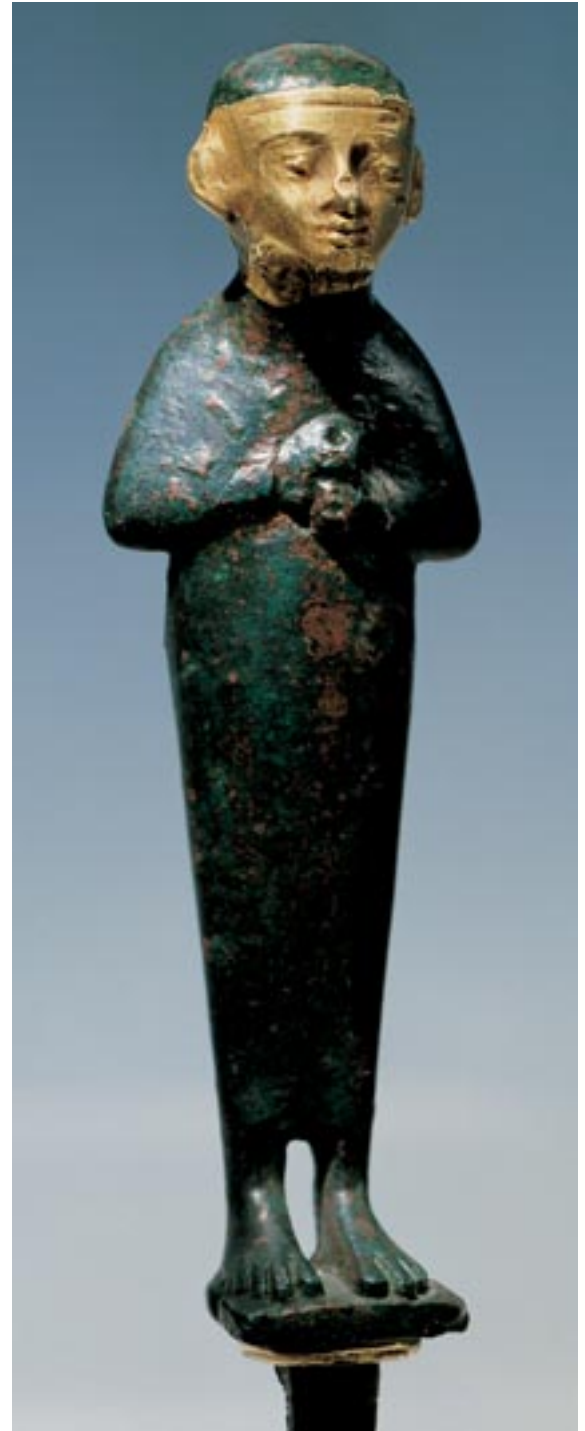


Figura de bronce y oro hallada en Cádiz, que representa a una divinidad, siglos VIII-VII a.C. (Museo Arqueológico Nacional, Madrid).



Una cultura llena de enigmas

Aún hoy, después de casi un siglo de estudios y una intensa tarea investigadora por parte de filólogos, historiadores y arqueólogos, seguimos sin encontrar conclusiones aceptadas unánimemente

Placa de marfil con una escena de lucha entre un guerrero y dos animales, un grifo y un león. Siglos VII-VI a.C., procedente de Bencarrón, Sevilla.

Sebastián Celestino Pérez
Profesor de Arqueología
Universidad Autónoma de Madrid

SE SIGUE CONSIDERANDO A TARTESSOS una cultura enigmática tanto por las contradictorias interpretaciones que se han hecho de las fuentes históricas, como por las diferentes hipótesis sobre el marco geográfico que ocupaba en sus distintas fases históricas o el momento en que se configuraron sus rasgos culturales. Pero también es verdad que otras cuestiones se han ido resolviendo a medida que la Arqueología ha ido corroborando o desechando algunos de sus aspectos más confusos.

Por ello, adentrarnos en la cuestión del origen de esta cultura, tan opulenta para unos y dependiente de la colonización fenicia y griega para otros, resulta cuanto menos espinoso, porque si no hay



avenencia para definir sus rasgos más característicos, mayor dificultad supone exponer las causas que originaron su constitución y desarrollo. No obstante, y para no desalentar al lector, se pueden exponer algunos hechos arqueológicos que ayudan a comprender la formación de la cultura tartésica.

Un triángulo entre Cádiz, Sevilla y Huelva

Una vez admitida la imposibilidad de que Tartessos se deba identificar con un centro urbano dominador de un amplio territorio político, el problema estriba en acotar un espacio geográfico que reúna una serie de características mínimas que lo singularice culturalmente. Aunque el núcleo de la cultura tartésica se desarrolló en un marco geográfico muy concreto, que se correspondería con el valle del Bajo Guadalquivir, la campiña gaditana y el sur de la provincia de Huelva, existen otras versiones que, aunque lógicamente parten de la evidencia de que el foco de la cultura tartésica se situaba en el territorio aludido, extienden sus dominios cul-

turales desde la desembocadura del Guadiana hasta la del Segura. Se amparan para ello tanto en las fuentes históricas, principalmente en la *Ora Maritima* de Avieno, así como en la presencia de algunos materiales arqueológicos recogidos en la costa levantina y la provincia de Granada, análogos a los aparecidos en el Suroeste peninsular.

No obstante, los rasgos que definen claramente la cultura tartésica se circunscriben, al menos en su origen, al núcleo principal que, *grosso modo*, se corresponde con el triángulo que forman las actuales ciudades de Cádiz, Sevilla y Huelva, si bien, a medida que transcurre el tiempo y la colonización mediterránea hace acto de presencia, la cultura tartésica logra penetrar hasta la Meseta Sur, la Baja Extremadura y la costa meridional portuguesa hasta la desembocadura del Sado.

Este territorio jugó desde los primeros momentos

un papel fundamental para el desarrollo socioeconómico de Tartessos, de tal forma que sólo así podemos entender la rápida orientalización que sufrió esta periferia geográfica tras la llegada de los fenicios y griegos a las costas meridionales de la Península, hasta tal punto que tras la decadencia de Tartessos –tres siglos después– esta zona limítrofe fue la encargada de mantener las raíces culturales heredadas, hasta su definitiva desaparición a fines del siglo V a.C.,

DOSSIER

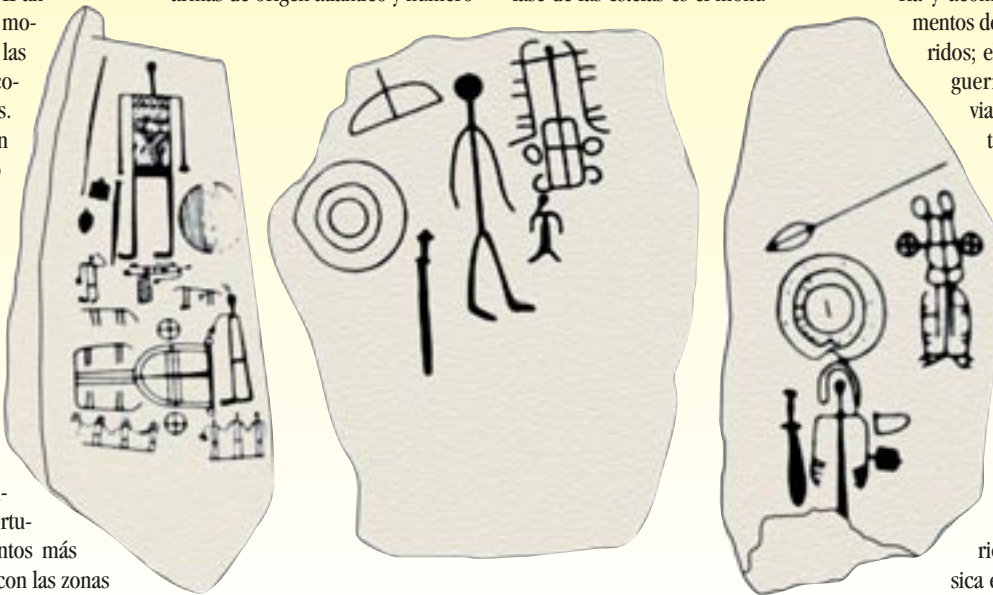


Reconstrucción ideal de un poblado tartésico, que debió ser muy similar a los del Bronce Final en el Suroeste de la Península: cabañas de techumbre y, en ocasiones, paredes de material vegetal, emplazamiento junto a corrientes de agua y uso de animales de tracción y arado para roturar los campos.



LAS ESTELAS DE GUERRERO

Las estelas de guerrero o del Suroeste, llamadas indistintamente así por las figuraciones que presentan y el marco geográfico que ocupan, son sin duda alguna el elemento más característico del Bronce Final meridional, aunque perduran en el tiempo hasta el Período Orientalizante, cuando toda la zona queda impregnada por la cultura del Mediterráneo Oriental. Por tanto, aparecen hacia el siglo XI y desaparecen en el VII antes de nuestra Era, momento en las que se las puede denominar como estelas tartésicas. Las estelas se pueden agrupar en cuatro grandes zonas geográficas diferenciadas: sierra de Gata, Montes de Toledo; valle medio del Guadiana y valle del Guadalquivir; aunque se van perfilando dos zonas bien dibujadas: el Sureste francés y el Algarve portugués. Los monumentos más antiguos coinciden con las zonas



Tres dibujos sintéticos de estelas tartésicas del tipo más complejo, con figuras humanas acompañadas de su armamento y el carro para el viaje al más allá. El de la izquierda corresponde a la Estela de Ategua.

más septentrionales, donde sólo se representan las armas del guerrero sobre soportes rectangulares que sirvieron para tapar tumbas de inhumación; las armas no obedecen a tipos foráneos, lo que evidencia el indigenismo del fenómeno. A partir de la zona del Tajo los monumentos sufren grandes transformaciones: los soportes se erigen para ir hincados en el suelo, aparece dibujada la figura del guerrero y se representan armas de origen atlántico y numero-

El mejor ejemplo de esta última fase de las estelas es el monu-

mento de Ategua, en la provincia de Córdoba, donde se puede apreciar la complejidad tanto escénica como social que adquieren estos monumentos en el Período Orientalizante. En ella se aprecian tres escenas bien diferenciadas; en la superior, se representa al guerrero con coraza y rodeado de sus armas y objetos de adorno personal; en el centro, la escena se centra en la muerte del guerrero, tumbado sobre la pira funeraria y acompañado por los lamentos de sus seres más queridos; el carro asido por el guerrero, símbolo del viaje al más allá, protagoniza la escena inferior de la estela, donde dos grupos de antropomorfos realizan una danza ritual para facilitar la travesía. La composición escénica de la estela no deja duda de la complejidad social que adquirió la sociedad tartésica en estos momentos.

ria y acompañado por los lamentos de sus seres más queridos; el carro asido por el guerrero, símbolo del viaje al más allá, protagoniza la escena inferior de la estela, donde dos grupos de antropomorfos realizan una danza ritual para facilitar la travesía. La composición escénica de la estela no deja duda de la complejidad social que adquirió la sociedad tartésica en estos momentos.

cuando lo ibérico ya había definido claramente sus rasgos socioculturales.

Para delimitar el territorio tartésico en sus orígenes, se cuenta con dos elementos arqueológicos bien representados, las cerámicas decoradas con retículas bruñidas, consistentes en líneas irregulares en zigzag, y las pintadas o *tipo Carambolo*, que aunque también aparecen dispersas por algunos yacimientos de las zonas limítrofes, sólo se han podido documentar en momentos posteriores. Por el contrario, otro factor a tener en cuenta para centrarnos en el foco de la cultura tartésica, es la ausencia de elementos que aparecen precisamente en esas áreas del entorno geográfico de Tartessos, caso de las estelas de guerrero, las estelas diademadas, la rica orfebrería del Bronce Final o algunos grupos cerámicos bien diferenciados en su forma y estilo decorativo de los del núcleo principal.

Más difícil, por el momento, es encontrar los rasgos más importantes que definen una cultura, como son los tipos de asentamiento que ocuparon, el ritual funerario empleado o el sistema religioso imperante. Sin embargo, sí se aprecia claramente un aumento de población, principalmente en Huelva, muy desdibujado en la fase inmediatamente anterior. Los po-

blados, siempre de modesto tamaño, se ciñen principalmente a los valles de los grandes ríos, donde buscaban un buen sistema de comunicación y recursos agrícolas importantes. Tampoco parece que sea esta una época precisamente conflictiva si nos atenemos a la ausencia de fortificaciones y a la situación de los poblados a media altura, caso de los documentados en El Carambolo, Huelva, San Bartolomé, Valencina de la Concepción o Los Alcores.

Cabañas de entramado vegetal

Eran pequeños establecimientos con un escaso número de habitantes, repartidos en cabañas circulares u ovaladas con paredes de entramado vegetal y sin orden aparente; además, en ningún caso se han localizado edificios públicos que sugieran una fuerte actividad colectiva. Tan sólo puede atisbarse una cierta complejidad social, al menos tibiamente jerarquizada, que debió permitir una organización capaz de recibir en las mejores condiciones de equidad a los comerciantes fenicios; de hecho, algunos historiadores sólo consideran la existencia de la cultura tartésica a partir de la llegada de los fenicios, cuando la población indígena asumiría tanto las innovaciones técnicas traídas del Mediterráneo, como otros aspectos de mayor importancia social como son el sistema económico, la aparición de las incineraciones en el ritual funerario o la aceptación de una nueva religión.



Figurilla votiva de guerrero sardo, en el que destaca el descomunal yelmo con cuernos. Se ha asociado esta clase de guerreros con los *shardana*, uno de los Pueblos del Mar con los que tal vez también guardan relación los guerreros de las estelas tartésicas.

de la población que lo conformó: indoeuropeos, celtas, norteafricanos o levantinos. Quizá la hipótesis más atractiva sea la que elaboró Schulten en los años cuarenta, tras la falta de éxito de una primera valoración, igualmente suya, en la que justificaba la existencia de Tartessos gracias a la llegada de gentes minoicas procedentes, por consiguiente, del Egeo. En su segunda incursión sobre el tema, Schulten repara en las consecuencias que tuvieron las incursiones de los denominados Pueblos del Mar en todo el Próximo Oriente, así como la posterior dispersión de estos pueblos por el Mediterráneo, pudiendo haber llegado hasta las costas de la Península Ibérica uno de ellos, concretamente el que las fuentes nombran como *tursha*, y donde Schulten cree reconocer el origen etimológico de la palabra Tartessos.

Todas estas teorías estaban marcadas por un fuerte componente difusionista que hoy prácticamente ha desaparecido de la bibliografía sobre el tema. Pero en absoluto se puede desechar la existencia de impulsos externos de carácter cultural, seguramente gracias a puntuales contactos comerciales, que ayudaron al progreso del foco tartésico. En este sentido, sí es importante señalar las diferentes hipótesis que se muestran más proclives a justificar la cultura tartésica gracias a diferentes componentes culturales que pueden tener un origen atlántico o indoeuropeo para unos, o bien una influencia netamente mediterránea. En este caso, las opciones son más variadas, pues los autores se dividen entre los que proponen contactos de procedencia egea y quienes sugieren los de origen sirio-fenicio, chipriota o del Mediterráneo central.

Analogías con Sicilia y Cerdeña

Hablar en la actualidad de contactos entre la Península Ibérica y el Mediterráneo previos a la colonización fenicia es algo totalmente superado,



neo, como otros aspectos de mayor importancia social como son el sistema económico, la aparición de las incineraciones en el ritual funerario o la aceptación de una nueva religión.

Sin embargo, es evidente que puede hablarse de cultura tartésica con anterioridad a la llegada de los primeros colonizadores, ya que rasgos arqueológicos como los anteriormente señalados no parecen dejar muchas dudas en este sentido. Por lo tanto, debe situarse el origen de Tartessos en el Bronce Final, lo que algunos han definido como Bronce Final Tartésico, un momento histórico que actualmente se intenta concretar cronológicamente, pero que en ningún caso debe llevarse más lejos del siglo XI a.C., si bien los rasgos más definitorios de la incipiente cultura tartésica solamente se aprecian con claridad a partir del siglo IX a.C., coincidiendo con un importante aumento demográfico de toda la zona afectada.

Teorías dispares

El repentino aumento de población que experimentó el territorio tartésico, bien detectado por la Arqueología, ha servido en muchas ocasiones para aventurar las hipótesis más dispares sobre el origen



PRIMER SIGNARIO DEL SUROESTE										
					L					
A E I O U										
P	A	O	W	≠	U					
	{	9		□	⌘					
T	X	N	0	A	Δ					
K	Λ	K	φ	⌘	N					
?	ƒ			μ	š					

confirmándose así las primeras hipótesis lanzadas en los años setenta por Bendala y Almagro Gorgea, si bien éstos defendían diferentes áreas geográficas para justificar el origen de esas primeras relaciones, el Egeo para el primero y la zona siriofenicia para el segundo. Pero últimamente, basándose en las afinidades arqueológicas documentadas, se están considerando otros focos que actuarían de intermediarios de esos contactos; ese el caso del Mediterráneo Central y, más concretamente, de Sicilia y Cerdeña, donde cada día son más amplias las analogías arqueológicas con la zona suroccidental de la Península.

En este sentido, cobra valor el hallazgo realizado en la ría de Huelva, donde se recuperó una gran cantidad de armas de tipo atlántico y otros objetos de adorno personal procedentes de las islas centrales del Mediterráneo, lo que ha hecho pensar en la importancia estratégica de la zona onubense como catalizadora del comercio entre el Mediterráneo central y las costas atlánticas de Portugal y Francia, donde igualmente se documentan estos objetos.

Por tanto, hablar de contactos comerciales a gran escala con el Mediterráneo, dado el tipo y la cantidad de material recuperado, puede parecer cuanto menos una falta de ponderación del hecho y, más aún, cuando buena parte de las actividades comerciales del Suroeste tuvieron un alto componente atlántico, como lo demuestran las armas de bronce o la orfebrería, por poner los ejemplos más estudiados. Por lo tanto, la presencia mediterránea previa a la colonización debería considerarse como puntual y discontinua en el tiempo, apreciándose una intensificación en los momentos previos a la llegada de los fenicios. Sin embargo, aunque contribuyeron a introducir paulatinamente algunos cambios en la base cultural de los indígenas, no fueron lo suficientemente intensos como para garantizar en el área tartésica los avances técnicos que ya se habían desarrollado en Oriente bastantes años atrás.

El Mediterráneo Central sí parece que ejerció un papel de cierta importancia en el intercambio comercial con el Sur peninsular, precisamente en torno al siglo IX, época de la que se detecta no só-

Este conjunto de signos de época tratésica orientalizante está elaborado según J. Untermann. Abajo, vaso ático con bailarines hallado en Huelva, producido en torno al 570 a.C. Es un buen ejemplo de los objetos de prestigio aportados por los griegos y muy ambicionados por los aristócratas tartesios.



lo una alta gama de objetos arqueológicos análogos, sino incluso la presencia física de esas gentes, cuyo mejor exponente es la tumba de Roça do Casal do Meio, hallada cerca de la ciudad portuguesa de Sesimbra y donde aparecieron dos inhumaciones con sus respectivos ajuares bien fechados entre los siglos X y IX y que se corresponden con los que aparecen decorados en las estelas de guerrero; la construcción de la tumba, de falsa cúpula, recuerda poderosamente a las documentadas en el Mediterráneo central, donde también se ha recuperado algunos objetos análogos.

Por tanto, el aumento demográfico de la zona tartésica a partir del siglo IX pudo deberse a la necesidad de adquirir o explotar

excedentes agropecuarios ante la intensificación del contacto con el Mediterráneo central y el área atlántica, aunque la eclosión de poblamiento no se produjo hasta el siglo VIII. Entonces, una vez consolidada la colonización, Tartessos necesitó mano de obra para explotar sus recursos mineros, así como los excedentes alimenticios necesarios para soportar ese aumento de población.

Estos recursos, hombres y alimentos principalmente, pero sin descartar otros como pieles o armas, debieron provenir de las zonas periféricas, fundamentalmente de las tierras que se extienden al sur de la cuenca media del Guadiana, zona que desde un primer momento mantuvo una relación más o menos sostenida con el foco tartésico, intensificándose a partir del siglo VII, cuando esas relaciones con Tartessos se extendieron hasta el valle del Tajo, donde se han documentado numerosos restos de origen tartésico que sirven para avalar esta consideración.

Uno de los documentos de mayor relevancia arqueológica de que se dispone para poder reconstruir los primeros momentos de Tartessos, así como su propia formación como cultura singulariza-



da, son las *estelas de guerrero* o *del Suroeste*. A través de ellas, se puede vislumbrar la progresión geográfica de las gentes de la periferia hacia el foco principal de Tartessos, en cuyo entorno inmediato aparecen los monumentos más evolucionados y, a la vez, más complejos, ya contemporáneos a la llegada de los colonizadores mediterráneos, por lo que se las puede denominar en este último momento y sin ningún tipo de complejos como *estelas tartésicas*.

La figura del guerrero

En efecto, los monumentos más antiguos, que aún se utilizarían para tapar cistas de inhumación, aparecen en zonas geográficamente alejadas de Tartessos, fundamentalmente en el entorno de la sierra de Gata y el valle del Tajo, sin que se aprecie entre su decoración la presencia de objetos foráneos, lo que incide en su marcado carácter indígena. Sólo a partir de esta zona se representaron algunos elementos atlánticos –concretamente las armas– y mediterráneos, caso de las fíbulas acodadas o los carros, frecuentes en los monumentos que aparecen en torno al valle del Guadiana, momento que, a la vez, coincidió con la generalización de objetos de origen mediterráneo, con la inclusión de la figura del guerrero y con el cambio del soporte, pues a partir de entonces serían auténticas estelas creadas para ir hincadas en la tierra.

Con el transcurso del tiempo, las estelas se esparcieron por las inmediaciones del núcleo tartésico, otorgando a los objetos de prestigio social mayor valor en detrimento de las armas, a la vez que ofrecían escenas de una alta complejidad social, muy en sintonía con la corriente orientalizante que ya había asimilado Tartessos tras la colonización mediterránea. En aquellos monumentos se representaron los ajuares funerarios de personajes socialmente destacados y de carácter guerrero, donde aparecen elementos de importación desde momentos que coinciden con el cambio del milenio anterior a nuestra era, un dato fundamental que evidencia la existencia de contactos con el Mediterráneo previos a la colonización.

Los personajes representados en las estelas tendrían, por tanto, capacidad para aportar esa mano

Broche de bronce para cinturón, procedente de El Acebuchal. A la derecha, figurita de bronce de Astarté hallada, al parecer, en El Carambolo. La diosa, sedente y desnuda, de estilo egiptizante, apoya los pies en un escabel con inscripción fenicia que alude a una Astarté de la cueva. Ambas piezas se exhiben en el Museo Arqueológico de Sevilla.



de obra necesaria para el desarrollo de Tartessos –no se sabe si en régimen de esclavitud– a la vez que podrían facilitar otros productos afines al territorio donde aparecen las estelas, caso de la ganadería y sus derivados, sin que por el momento se tenga la más mínima prueba de la importancia minera de estas zonas, que sólo está bien atestiguada en el núcleo tartésico.

Por tanto, el incremento de población del Suroeste hacia mediados del siglo IX es una consecuencia de la aportación demográfica de las zonas limítrofes de Tartessos, es decir, del Algarve, la Baja Extremadura, el Sur de la Meseta y el valle me-



LOS PUEBLOS DEL MAR

Se entiende por Pueblos del Mar un importante movimiento de gentes que, en torno al año 1200 a.C., lograron desestabilizar política y económicamente las regiones del Mediterráneo Oriental. Sólo los egipcios han dejado constancia de su existencia, al mencionarlos en las fuentes como "los que proceden del medio del mar", refiriéndose así a las campañas bélicas que Ramsés III debió emprender contra ellos para defenderse de la invasión. La irrupción de estos pueblos coincide, pues, con la época de transición entre las Edades de Bronce y de Hierro, una época muy inestable que derivó en un nuevo equilibrio político en todo el Mediterráneo. La drástica desaparición de las culturas del Egeo, y sobre todo de la pujante cultura micénica, sumerge a la zona en la denominada *época oscura*, que coincide



Bajorrelieve del templo de Medinet Habu, que representa a prisioneros filisteos derrotados por Ramsés III. Los filisteos, junto a los licios, libios y dorios, formaban parte de los Pueblos del Mar. Abajo, parcial del cinturón de Aliseda (Cáceres).



con el hundimiento del Imperio Hita tras la destrucción de Hattusa, su capital. La destrucción de Ugarit sumió en el cataclismo a otros centros importantes del área palestina, donde se asentaron nuevas gentes que introdujeron, como rasgo cultural más significativo, el rito de la cremación, desapareciendo del Mediterráneo Oriental la inhumación, ca-

racterística durante toda la Edad de Bronce. Sólo Merneptah y más tarde Ramsés III pudieron contener las acometidas de los Pueblos del Mar, que en última instancia tuvieron que dispersarse por el Mediterráneo Central y, tal vez, por algunos puntos del Occidental, y muchas veces sólo la etimología de sus nombres ha ser-

vido para identificarlos en diferentes lugares del Mediterráneo. Entre los que se instalaron en el Levante destacan los *peleset*, los filisteos de la *Biblia* que ocuparon Palestina, de donde derivarían sus respectivos nombres. También los *lukka* permanecerían en la zona más septentrional, identificándose con los licios históricos. De mayor interés son los pueblos que se dispersaron por el Mediterráneo, como los *akawasha*, identificados con los aqueos; los *shardana*, que desembocarían en la isla de Cerdeña; los *shekelesh*, que llegarían a Sicilia; o los *tursba*, que algunos identifican con los etruscos y otros —como Schulten o Montenegro— que identifican con los tartesios, hecho difícil de aceptar, aunque sí parece clara la repercusión que todos estos movimientos debieron tener en Occidente de manera indirecta.

ambos hechos. Es muy probable, no obstante, que sea aproximadamente en esas fechas cuando comiencen a llegar los primeros contactos precoloniales, como parece atestiguarlo, por ejemplo, tanto la presencia de objetos mediterráneos en las estelas más antiguas como la aparición de los primeros objetos de hierro.

Es muy posible que las fuentes históricas, todas de origen griego, se estén refiriendo con esa fecha tan antigua a los primeros agentes procedentes del Levante, denominando *fenicios* a todo pueblo procedente de la costa oriental del Mediterráneo, independientemente del lugar concreto de su origen. Por consiguiente, cuando los fenicios se asentaron en la Península ya conocían las posibilidades que les ofrecía el lugar, gracias a las noticias que les habrían proporcionado esos primeros agentes mediterráneos. Sin estas premisas es difícil entender la colonización fenicia, pues parece obvio que para la explotación comercial, particularmente minera, necesitaban que la población con la que iban a tratar tuviera una organización social mínimamente desarrollada, con mecanismos de jerarquización que permitieran precisamente esa explotación.

El armamento tartésico

Usaban lanza, espada y arco, protegiéndose con capacetes y escudos de cuero... armamento ligero apto para la lucha individual

Fernando Quesada Sanz

*Profesor titular de Arqueología
Universidad Autónoma. Madrid*

ESTUDIAR LAS ARMAS DE LOS TARTESIOS implica al menos cuatro cosas: primero, analizar el armamento del Bronce Final precolonial, conocido sobre todo por el conjunto de losas de piedra grabadas que llamamos *estelas del Suroeste* y por los famosos lotes de armas dragados hace ya muchos años en la ría de Huelva; después, describir y comprender las modificaciones tecnológicas y tipos de armas traídas a la Península por los fenicios (en especial la extensión de la metalurgia del hierro); tercero, determinar si la presencia de comerciantes helenos supuso algún cambio militar significativo; por último, definir en qué medida el armamento ibérico (que aparece como tal a principios del s. V a.C.) recogió herencias de la panoplia tartésica.

Sólo parcialmente y con problemas serios puede responderse a estas preguntas, debido a que la cantidad de información varía mucho de una fase a otra, y también a que es muy difícil saber si el hallazgo de algunos ejemplares de armas importadas llegó a tener algún impacto sustancial en la panoplia tartésica.

Panoplia aristocrática

Las armas representadas en las *estelas del Suroeste* reflejan una panoplia aristocrática propia de guerreros de fines de la Edad de Bronce y, quizá, los momentos iniciales de contacto colonial. Incluye un armamento ofensivo basado en lanzas de larga punta, probablemente empuñadas y no arrojadas, y espadas de bronce cuyo tipo es difícil de precisar, dado el esquematismo de las imágenes, pero compatibles con los tipos conocidos arqueológicamente: espadas tajantes de hoja pistiliforme en las estelas más antiguas, quizá también espadas de función



En torno al s. VII a.C., un guerrero contempla dubitativo un tipo de casco griego importado. Sus armas y su estilo de lucha no están demasiado en consonancia con este tipo de arma defensiva que limita mucho la audición y la visión, y que es realmente útil sólo en el combate de la falange griega. Su escudo está hecho con discos de cuero secados sobre un molde; flexible y ligero, constituye una protección mejor de lo que pudiera parecer. La espada es de un tipo de hierro que imita prototipos de bronce, y no tuvo mucho éxito entre los tartesios. La pesada lanza tiene todavía punta de bronce.





Conjunto de espadas halladas en la ría de Huelva. Son de tipología atlántica y una magnífica muestra de las relaciones y la importancia de la metalurgia inherentes al mundo tartésico. A la derecha, *Estela de Solana de Cabañas*, con la panoplia típica del combatiente tartésico (espada, lanza, escudo), junto con el carro para viajar al más allá. El contenido esquematizado de esta estela se ha usado como pase de este dossier.

más punzante del tipo de *lengua de carpa* similares a las halladas en el depósito de Huelva. A juzgar por las estelas y los hallazgos arqueológicos, el arco y las flechas eran empleados, posiblemente no sólo en la caza sino también en la guerra.

El armamento defensivo parece consistir en capacetes –posiblemente de cuero, quizá bronceos– de los que el tipo más reconocible es el decorado con dos largos cuernos ondulados, tipo ya visto por el Mediterráneo desde siglos antes y que aparece representado en figurillas chipriotas y sardas. Junto a estos cascos, el elemento más característico es el escudo circular de mediano tamaño (quizá en torno a los 60 cm. de diámetro), hecho de una o varias capas de cuero de distinto diámetro encoladas entre sí y apretadas en húmedo contra un molde de piedra o madera para darles forma, y con una empuñadura simple central.

Muchos de estos escudos aparecen dibujados con una escotadura en forma de V cuya función se discute, ya que las interpretaciones oscilan entre las puramente simbólicas y las funcionales; según estas últimas, la escotadura podría haber servido para facilitar la construcción del escudo durante el proceso de secado y contracción del cuero, pero también, en el combate, para facilitar el manejo de lanza (si era lateral) o la visión (si era superior). Este tipo de escudo es conocido tanto en el Mediterráneo como en el Bronce Final de las áreas atlánticas.

Las estelas no permiten distinguir ningún tipo de protección corporal y los datos arqueológicos son mudos en este sentido, por lo que cabe pensar que si la hubo, debía tratarse de jubones o coletes de cuero o acolchados. Los carros de dos ruedas tirados por caballos que aparecen en muchas de estas estelas, de tipo egeo, no pueden ser considerados en el

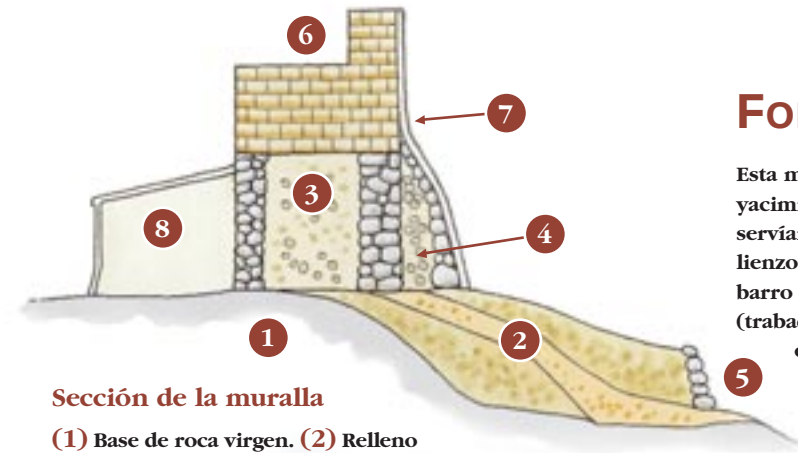
contexto peninsular como vehículos de guerra, sino como símbolo del transporte del difunto al más allá.

Durante este período previo a los primeros asentamientos fenicios aparecen algunas armas metálicas de origen oriental, que no debieron ser ni muy numerosas ni significativas desde el punto de vista militar, aunque sí desde el del *status*; por ejemplo: los cascos metálicos, con paralelos chipriotas, hallados en la ría de Huelva.

Nueva tecnología

El contacto colonial supuso para Tartessos, desde el punto de vista de la tecnología armamentística, ante todo la introducción de la metalurgia del hierro. Los escasos datos arqueológicos disponibles indican que los artesanos trataron al principio de reproducir en hierro los tipos de espadas de hoja larga y estrecha propios del Bronce Final (tumbas de Cástulo y Niebla), aunque con escaso éxito: la temprana tecnología del hierro no debía permitir demasiadas alegrías con las láminas de hierro forjado y lo cierto es que, pese a algunos intentos durante el s. VII a.C., estos tipos de espada desaparecieron. Cuando, siglos más tarde, vuelve a contarse con armas abundantes en los ajuares funerarios, la tradición propia del Bronce Final ha sido desplazada por otra muy diferente de espadas cortas y de ancha hoja típica del mundo ibérico de la Segunda Edad de Hierro.

Desde otro punto de vista, en el período Orientalizante Tartésico, las armas no son abundantes en el registro funerario, aunque tampoco están, como a veces se ha dicho, ausentes: hay algunas en la



Sección de la muralla

(1) Base de roca virgen. (2) Relleno de tierra. (3) La muralla consta de dos lienzos de mampostería a plomada (las hiladas inferiores con piedras de hasta un metro de largo) que emparedan un relleno de tierra y piedras sueltas. No hay cimentación, lo que presenta problemas de estabilidad. (4) Por eso, a la pared exterior se

adosó otro muro ataludado que sirve de contrafuerte. Su apariencia es similar a la del lienzo principal, aunque con piedras de menor tamaño. (5) El terreno pendiente frente a la muralla puede ser aterrazado y sostenido con muros para evitar el deslizamiento del suelo. (6) Sobre la estructura de

FORTIFICACIÓN TARTÉSICA

Esta muralla está inspirada en la del s. VII a.C. del yacimiento de Puente Tablas (Jaén). Sus bastiones servían de defensas y de contrafuertes para unos lienzos asentados sin cimientos. El revestimiento de barro y cal aseguraba la unión de los muros (trabados sin argamasa) e impedía la escalada del enemigo aprovechando las grietas en la mampostería.

piedra (quizás, cinco o más metros de altura) había un tramo más de adobe. (7) La pared exterior (lienzo principal, talud y alzado en adobe) estaba revocada con barro y enlucida con cal. (8) Al interior de la muralla se adosarían las primeras casas del poblado.



necrópolis onubense de La Joya, en el Palmarón de Niebla y en otros yacimientos; con todo, el tipo de ritual funerario no favorecía la deposición de armas en las tumbas, como sí ocurriría mucho más tarde, a partir de fines del s. V a.C. en el mundo ibérico.

Pese a lo que en alguna ocasión se ha escrito, no hay escudos hoplitas de bronce de tipo griego en la necrópolis de La Joya (se trata de una gran bandeja circular de bronce), pero en cambio sí existen dos o tres cascos griegos, corintios, de buena calidad procedentes de la zona de Huelva-Cádiz y fechados en los siglos VII y VI a.C. Aunque suelen ser interpretados como ofrendas de navegantes griegos a dioses de las aguas, también cabe la posibilidad de que algunas de estas piezas fueran regaladas a jefes locales, junto con otros productos de lujo; lo cierto es, sin embargo, que este tipo de casco diseñado expresamente para la táctica de falange hoplita (formación cerrada y disciplinada de una milicia ciudadana) no debía ser adecuado para los tipos de combate aristocrático entre campeones que debieron predominar en el mundo tartésico, y lo cierto es que no se ha encontrado hasta ahora un solo ejemplar claro de armas defensivas griegas en tumbas orientalizantes.

Abunda extraordinariamente sin embargo en numerosos yacimientos andaluces, fenicios e indígenas, y ya desde el s. VIII a.C., un tipo de punta de flecha de bronce conocido como *de arpón lateral* que probablemente llegó a Iberia a través del mundo semita, y que indica una cierta importancia del combate a distancia, quizá por parte de tropas de menor *status*.

¿Hasta qué punto recogió la primitiva panoplia ibérica la tradición tartésica del período Orientalizante? Es muy difícil precisarlo habida cuenta de la escasez de datos; parece que la más antigua panoplia ibérica contaba con tipos de escudo (como los representados en el monumento escultórico de Porcuna) similares a los de las *estelas del Suroeste* más tardías; también los tipos de lanza ibéricos más antiguos, muy largos y pesados, parecen derivar de tipos anteriores; en cambio, las espadas son, como se ha dicho, totalmente diferentes, y tampoco parece que la abundancia de puntas de flecha del Orientalizante perdurara en el mundo indígena de la Segunda Edad de Hierro. Hay, pues, más elementos de ruptura que de continuidad en el panorama que hasta ahora, y tentativamente, podemos dibujar.

DOSSIER



Los vaivenes de la leyenda



Esta civilización a la que conocemos por su sonoro y famoso nombre griego de Tartessos es uno de los capítulos más sugestivos e importantes de nuestra Historia Antigua, por lo que durante cuatro siglos ha sido capaz de generar pasiones encontradas de muy distinto signo

Jorge Maier Allende
Investigador
Real Academia de la Historia

TARTESSOS ES UNA CIVILIZACIÓN PROTOHISTÓRICA fundamental que además actúa como catalizador de las colonizaciones fenicia y griega a las que se halla íntimamente vinculada. A Tartessos corresponden fenómenos de gran importancia cultural, como son el origen de la escritura, el desarrollo de una agricultura superior y el origen de la ciudad; en definitiva, el de la civilización urbana, con sus implicaciones sociales, políticas, económicas e ideológicas.

Por ello, la cuestión de Tartessos ha sido un tema siempre presente en nuestros historiadores y eruditos desde al menos el siglo XVI, especialmente, como es lógico, entre los de origen andaluz. Sin embargo, es

te grave problema histórico no siempre fue tratado desde el mismo punto de vista en nuestra historiografía y ha sido necesario recorrer un arduo camino para precisar con más o menos nitidez el valor histórico de esta que hemos creído conveniente denominar *civilización tartésica*. Es, por tanto, en este proceso historiográfico sobre el que nos centraremos en las páginas siguientes.

Tartessos surge ya como un problema que nos legaron los historiadores y geógrafos griegos y latinos —entre los que cabría citar a Estesícoro de Himera, Anacreonte, Heródoto, Estrabón, Plinio el Viejo, Rulfo Festo Avieno, Pomponio Mela, Justino o Pompeyo Trogo, entre otros— al mencionar la existencia de la ciudad, cabeza de un reino en el litoral occidental andaluz, vagamente identificada, pero de una prosperidad y grandeza como ninguna otra. Así, la principal línea de investigación, si así puede ser deno-

El arqueólogo Jorge Bonsor junto a diversas cerámicas tartésicas. Abajo, soportes en forma de carrete de la necrópolis de La Joya; eran elemento característico del lujoso mobiliario litúrgico de las tumbas principales.

minada, entre los anticuarios humanistas fue la de la localización de esta próspera y afamada ciudad del Occidente europeo. A esta confusión se refiere ya uno de los anticuarios sevillanos de mayor autoridad en este campo, Rodrigo Caro (1573-1647), al decir en su obra *Antigüedades y Principado de la Ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorographia de su Convento luridico, o antigua Chancilleria* (1634): “Ay tanta variedad de opiniones en los autores antiguos, sobre qual fuesse las isla de Gades, Tartesso, y Erythia, que no poca turbación, y tiniebla causa en estas letras, pues confunden los nombres de todas tres, dando a las unas lo que no les toca.”

Pero quizá lo más relevante de Caro, al margen de que pensara que la ciudad de Tartessos se encontraba bajo las aguas del Océano, sea su planteamiento de que Tartessos era no sólo el nombre de una ciudad, sino también el de un río, el Betis de los romanos, el actual Guadalquivir y, al mismo tiempo, el nombre de toda la región que este caudaloso río bañaba, esto es, la Bética romana, la Andalucía actual, aproximadamente.

Así, entre la erudición del Renacimiento y Siglo de Oro, las opiniones son variadas, situando unos la ciudad en Cádiz; otros, en Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera, Medina Sidonia o, incluso, en la antigua población púnico-romana de Carteia. Ello no obedecía sino a la caprichosa interpretación que se hacía de las fuentes clásicas, único apoyo con el que se contaba, pues no auxiliaban en este asunto ni la epigrafía ni la numismática, con más o menos crítica según el autor de que se tratase. Eso sí, servía todo ello para engrandecer la antigüedad de cada una de estas ciudades o para utilizarla en disputas sobre los límites de las diócesis eclesiásticas.

Las naves del rey Salomón

Por otra parte, los numerosos comentaristas de los textos bíblicos establecieron una correlación que se ha mantenido durante mucho tiempo. En varios pasajes del Antiguo Testamento se hace referencia a las naves de Tarshish, del rey Salomón, que porta-

DOSSIER



Joaquín Costa fue el primer investigador español que dio contenido histórico a Tartessos en ensayos publicados a finales del s. XIX. Abajo, el arqueólogo anglofrancés Jorge Bonsor Saint-Martin.

ban en su seno grandes riquezas exóticas obtenidas en lugares lejanos. Así, estos comentaristas intentaron identificar la Tarshish bíblica con la Tartessos greco-latina, porque interpretaron que el nombre de estas naves era el de su lugar de destino. Pese a esta última circunstancia, nunca se relacionó a Tartessos con los fenicios, si se tiene en cuenta que aún se mantendrían candentes sentimientos antisemitas.

No se observa ningún cambio sustancial en la forma de abordar la cuestión de Tartessos en la crítica arqueológica de los eruditos ilustrados del siglo XVIII, pese a que la diferencia fundamental entre la arqueología humanista y la ilustrada reside en el mayor rigor de esta última, preocupada sobre todo por la veracidad de las fuentes documentales o arqueológicas, para expurgar las narraciones fabulosas que se derivaban de la utilización de los denominados *falsos cronicones*, que se propuso erradicar como primera y principal tarea la Real Academia de la Historia, fundada por Felipe V en 1738.

Serán, pues, ahora los individuos de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras los que aborden con este nuevo espíritu crítico la ubicación de la ciudad. Entre éstos debe destacarse a Livinio Ignacio Leirens, por su *Disertación sobre el sitio moderno de la antigua Tartessos* (1757) y, sobre todo, a Antonio Jacobo del Barco y Gasca, quien redactó *Problema histórico geográfico sobre si fue la Bética el Tarsis de*



las flotas de Salomón. Este último, que también escribió una disertación sobre la situación de la antigua Onuba, redactó un interesante manuscrito titulado *Discusión geográfica sobre si existieron en lo antiguo las islas Cassiterides. Y si deben reducirse a las Sorlingas* (1774).

El origen de la escritura

Son de especial importancia estos trabajos porque ponen de relieve el papel de Tartessos en el comercio de los metales en la Antigüedad y, por lo tanto, en conexión directa con los fenicios, pueblo por el que en general se muestra un paulatino

interés en el Siglo de las Luces, pues a ellos se les atribuyó el origen de la escritura peninsular, como planteara Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores (1757) y después, coincidiendo con el auge del orientalismo, Francisco Pérez Bayer y José Antonio Conde, que convierten a España en uno de los focos culturales más antiguos de Europa, como defendió Juan Francisco Masdeu en su *Historia crítica de España y la cultura española* (1783).

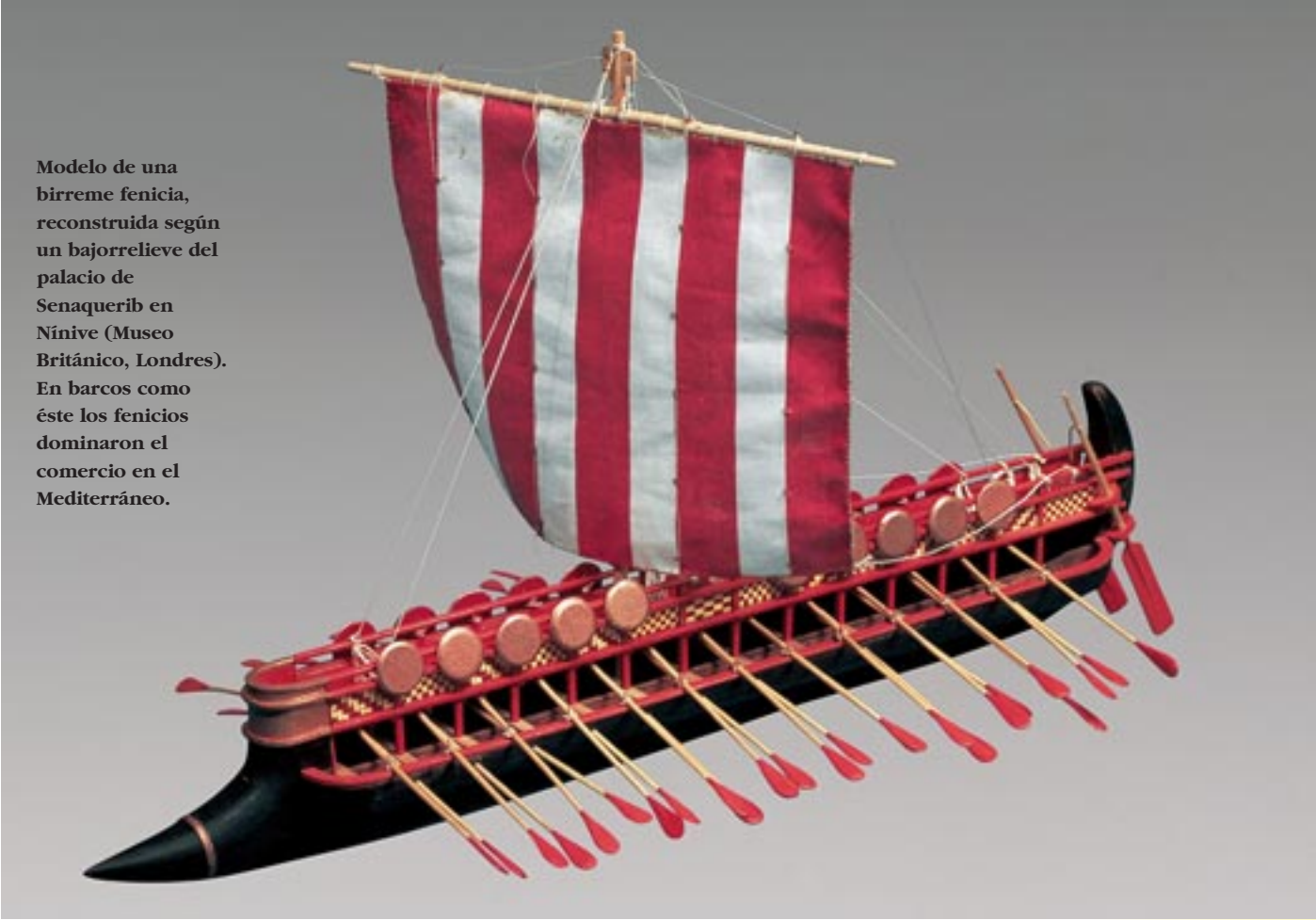
Con la mayor profesionalización de la erudición histórica a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y la progresiva institucionalización de la Arqueología como disciplina científica, la cuestión de Tartessos será abordada de nuevo por rigurosos historiadores con criterios más objetivos y científicos. Pero si aún la Arqueología no ofrecía por el momento serias garantías, sí lo hacía la Filología desde un análisis crítico, exhaustivo y sistemático de las fuentes clásicas. Entre los investigadores que se dedicaron con más o menos intensidad a examinar la cuestión tartésica desde este punto de vista, puede citarse a Francisco Fernández y González, Fidel Fita, Aureliano Fernández-Guerra, Juan de Dios de la Rada y Delgado, José Oliver y Hurtado, Manuel Rodríguez de Berlanga y, sobre todo, Joaquín Costa.

Los trabajos de éste último son de gran relevancia, pues fue el primero en dar contenido histórico a Tartessos. Costa publicó una serie de artículos, englobados bajo el título genérico de *El Litoral Ibérico del Mediterráneo en el siglo VI-V antes de J.C.*, en la revista *La Controversia*, firmados bajo el seudónimo de *Mortuus Quidam*, entre 1892-1893, que años después aparecieron junto a otros relativos a los iberos en un volumen titulado *Estudios Ibéricos* (1895). Costa, a través de un análisis eruditísimo de las fuentes, trasciende de la visión geográfica hacia una plenamente histórica, situando a Tartessos en el tiempo y el espacio.

Sin embargo, el análisis desde un punto de vista filológico exclusivamente no era de ningún modo suficiente para esclarecer el enigma tartésico. La Arqueología, que experimenta un avance espectacular en las últimas décadas del siglo pasado, abrió enormes perspectivas en relación con esta cuestión secular.

Poco tiempo antes de que Costa escribiera sus

Modelo de una birreme fenicia, reconstruida según un bajorrelieve del palacio de Senaquerib en Nínive (Museo Británico, Londres). En barcos como éste los fenicios dominaron el comercio en el Mediterráneo.



trabajos sobre Tartessos, había llegado a España un joven licenciado en Bellas Artes de origen anglofrancés llamado Jorge Bonsor Saint-Martin (1855-1930). Tras cortas estancias en algunas ciudades de nuestro país se estableció en Carmona (Sevilla), donde residió y desarrolló toda su actividad profesional como arqueólogo. Hoy la acción de Bonsor merece una consideración de especial relevancia, pues le califica como el verdadero pionero de la arqueología tartésica. Uno de los aspectos fundamentales de su concepción de la investigación arqueológica era la prospección sistemática del territorio, combinada con la fe ciega en el positivismo arqueológico.

Es necesario establecer distintas etapas en la investigación del arqueólogo anglofrancés. La primera de ellas es la exploración —entre 1894 y 1898— de Los Alcores, una serie de colinas de origen terciario en las que encuentran su asiento las poblaciones de Carmona, Mairena del Alcor, El Viso del Alcor y Alcalá de Guadaira. En el curso de esta exploración, identificó varios yacimientos, asentamientos y necrópolis tartésicas, hoy ya míticas en la historiografía de esta civilización.

Las islas del estaño

La segunda etapa de su investigación sobre Tartessos se centra en la identificación de las Cassiterides. El objetivo principal de esta exploración, que llevó a cabo entre

1899 y 1902, era encontrar pruebas arqueológicas que demostrasen la presencia de los fenicios o de los colonos fenicios de la Península Ibérica en las islas Scilly, archipiélago situado frente a la península de Cornwall (Cornualles), en el Suroeste de Inglaterra y tradicionalmente identificado en la historiografía británica con las Cassiterides de la Antigüedad. Bonsor, sin embargo, no pudo ver culminados los objetivos de su investigación. En las islas Scilly no había ni un solo elemento que delatara la presencia fenicia.

Entre 1900 y 1911, aunque en distintas fases intermitentes, Bonsor continuó la excavación de los yacimientos tartésicos de Los Alcores ya localizados en la primera exploración.

En las primeras décadas de este siglo, también se plantearon otros puntos de vista que luego encontraron cierto arraigo entre los arqueólogos españoles. En 1905, Manuel Gómez-Moreno publicó el artículo *Arquitectura tartesia: la necrópolis de Antequera*, en el que expuso la tesis de que lo tartesio se correspondía con el Neolítico.

Contrastar la Biblia

Pero fue tras la Primera Guerra Mundial cuando la cuestión de Tartessos alcanzó uno de sus puntos culminantes. El papel de Bonsor fue fundamental, como se ha señalado, pero quien quedaría indisolublemente unido a esta cuestión fue el alemán

El alemán Adolf Schulten presentó a Tartessos como un gran Estado centralizado, rico y poderoso, que habría sido el primer centro cultural de Occidente. Su hipótesis fue bien acogida por Ortega y Gasset y los intelectuales germanófilos.

DOSSIER





Adolf Schulten (1870-1960), quien había comenzado a interesarse por Tartessos en 1910, con una investigación promovida por el emperador Guillermo II, que deseaba conocer la ubicación de la Tarshish bíblica. Para ello, Schulten solicitó la colaboración y asesoramiento de Bonsor.

Por otro lado, el interés por Tartessos se revitalizó tras la publicación, en 1909, de *El periplo de Himilco* (siglo VI antes de la Era cristiana), según el poema de Rufo Festo Avieno, titulada *Ora Maritima*. Avieno fue un poeta latino tardío, pero se detectó que había utilizado fuentes más antiguas para su descripción del litoral peninsular.

La revisión e interpretación de este texto dio pie para que se tratara de localizar de nuevo la ciudad más antigua de Occidente. Es muy conocido el hecho de que, tanto Bonsor como Schulten, primero por separado, realizaron prospecciones en la región de la desembocadura del Guadalquivir –donde el *Periplo* situaba a Tartessos– para después practicar conjuntamente una serie de excavaciones en el Coto de Doñana, que no tuvieron éxito.

Bonsor fue el primero que trató de definir arqueológicamente la civilización tartésica, precisando su cronología, exponiendo su delimitación territorial y su cultura material, así como sus costumbres funerarias. Mantuvo la existencia de una cultura indígena preexistente en el Valle del Guadalquivir, que se vería influenciada por la colonización fenicia durante el Bronce Final, de la que se originaría la civilización tartésica, que alcanzó su apogeo durante la primera Edad del Hierro y, al final de este período, soportó las invasiones celta y cartaginesa.

La obra de Schulten, por su parte, presentaba Tartessos como un gran Estado centralizado, rico y poderoso, el primer centro cultural de Occidente establecido por una inmigración de tirsenos –uno de los Pueblos del Mar relacionados en las fuentes egipcias–. Fue una visión filohelénica, contraria a las tesis semitas, bien acogida por la *Revista de Occidente* –y apoyada personalmente por José Ortega y Gasset– y muy aceptada en los sectores germanófilos que dominaban por entonces el panorama intelectual español.

Frente a estas interpretaciones, la tesis de Gó-

Cámara de mampostería de una tumba monumental de la necrópolis tartésica de Setefilla (Lora del Río), excavada por Jorge Bonsor en 1926.

mez-Moreno de encontrar las raíces culturales de Tartessos en las primeras culturas metalúrgicas y el fenómeno megalítico andaluz obtuvo eco en el círculo de sus colaboradores. Se trataba de otorgar un origen autóctono a la civilización tartésica, hipótesis que representa el precedente de posturas que tienen hoy día alguna vigencia.

Tras el fallecimiento de Bonsor en 1930, la influencia de las teorías de Schulten fue aplastante en la arqueología española de la posguerra. Todo ello contribuyó a que la investigación se centrara de nuevo, como si nada hubiera ocurrido en siglos de investigación, en la localización de la capital de este fabuloso reino.

Pero al margen de las investigaciones sobre la capitalidad de Tartessos, basadas en análisis filológico-topográficos y en ideas preconcebidas, se fueron abriendo paso otras que no tenían aún muy en cuenta la cultura material conocida o que minusvaloraron el papel del colonialismo fenicio. Tales son los trabajos de Antonio García y Bellido *Fenicios y Cartagineses en Occidente* (1942), una obra con gran influencia durante mucho tiempo para el primer caso, o los de Martín Almagro Basch, al estudiar la cronología de las últimas etapas de la Edad de Bronce a partir del depósito de armas y otros utensilios de bronce hallados en la ría de Huelva (1940) o al interpretar como célticos (1956), tanto los ritos funerarios como muchos de los elementos de los ajuares de las necrópolis que Bonsor había excavado en el Bajo Guadalquivir, para el segundo.

Si bien estos trabajos tuvieron como fundamento el análisis de materiales arqueológicos, la investigación sobre la civilización tartésica llegó a desvirtuar hasta tal punto la definición de Tartessos que sorprende la afirmación del profesor Luis Pericot en 1950: “Por desgracia la Arqueología no sirve en absoluto para este caso, pues no existe un cultura tartésica que haya aparecido en los niveles de excavaciones”. Es decir, se plantea la necesidad de la definición de Tartessos como cultura arqueológica. Pese a que Bonsor y Luis Siret ya habían iniciado esta línea de investigación, e incluso se habían llevado a cabo excavaciones en un centro tartésico, como era Asta Regia, por Manuel Esteve Guerrero (1942), el

UN ANTICUARIO DEL SIGLO DE ORO

Rodrigo Caro (1573-1647), célebre por su *Canción a las ruinas de Itálica*, nació en Utrera, en una familia oriunda de Carmona, y fue uno de los más distinguidos anticuarios sevillanos del Siglo de Oro. Aunque defendió a ultranza a los falsos cronicones de Dextro y Máximo, desarrolló una particular objetividad en sus estudios arqueológicos, al considerar los restos de la Antigüedad como inestimables documentos históricos y al tener como preceptiva arqueológica que “quanto importa que los ojos regis-

tren lo que ha de escribir la pluma”. Este es uno de los principales valores de su obra más famosa, *Antigüedades y Principado de las Ilustrísima ciudad de Sevilla y Chorographia de su Convento Iurídico o antigua Chancilleria*, pues Caro visitó muchos de los lugares que cita, práctica nada habitual en su época, y así pudo enmendar la localización de no pocas poblaciones del Bajo Guadalquivir, que amplió años más tarde en sus *Adiciones al libro de las Antigüedades y Principado de Sevilla*.



conocimiento de la arqueología protohistórica de la España meridional era francamente pobre.

La revelación de El Carambolo

He aquí pues el nuevo rumbo que habría de seguir la investigación sobre Tartessos: la necesidad de su definición cultural desde un punto de vista material. Se considera que la concienciación de este hecho se produjo a finales de la década de los cincuenta, pero especialmente a raíz del descubrimiento del Tesoro de El Carambolo (1958) y las consiguientes exca-



Cerámica orientalizante del siglo VII a.C., procedente de Lora del Río. Abajo, jarro de bronce tartésico. Se usaba en rituales funerarios del mundo tartésico orientalizante para libaciones u otras funciones rituales. Ambas piezas se hallan en el Museo Arqueológico de Sevilla.

vaciones que se desarrollaron en este emblemático yacimiento sevillano a cargo de Juan de Mata Carriazo. Pero el caso es que un grupo de investigadores, entre los que cabría destacar a Antonio Blanco Freijeiro, Juan Maluquer de Motes, Antonio García y Bellido, Emeterio Cuadrado, Antonio Tovar, Manuel Pellicer y José María Blázquez, comenzó desde distintos puntos de vista a definir lo tartésico.

Al respecto cobra una especial relevancia la definición de un arte *orientalizante* que fue posible gracias a importantes descubrimientos arqueológicos en Asia Menor y Grecia pero especialmente a partir del estudio de la orfebrería y bronce de Etruria y el Lacio que permitieron definir como tartésicos a sus equivalentes peninsulares, que hasta entonces se habían considerado de importación oriental; el desarrollo de las técnicas de excavación, en especial de la estratigrafía, proporcionaron secuencias culturales más fiables, que ayudaron no poco a ir conociendo los materiales cerámicos y a poder contar con cronologías relativas más seguras, generalizándose los trabajos de campo en distintos centros tartésicos y factorías fenicias del litoral; los importantes trabajos de Manuel Gómez-Moreno sobre las escrituras ibéricas abrieron el camino al conocimiento de la tartésica.

En fin, todas estas iniciativas confluyeron en el *Symposio* que tuvo lugar en Jerez de la Frontera en 1968, que ponían ciertamente fin a toda una época de investigación y abrían otra nueva más objetiva, empírica y globalizadora, no exenta ni mucho menos de nuevas controversias aunque ya de otra índole, de una civilización clave para la comprensión de los rasgos culturales de la antigua Iberia.

Para saber más

La bibliografía sobre Tartessos es muy extensa. Pueden consultarse, como obras de conjunto (las más antiguas algo superadas, pero interesantes), los siguientes estudios: J. M. Blázquez, *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca, 1975 (2ª. ed.); J. Maluquer, *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona, 1970; A. Blanco, *Historia de Sevilla*, I.1, *La ciudad antigua*, Sevilla, 1979; M. Bendala, “Tartessos”, en *Historia General de España y América*, I.1., Madrid, 1985. Reúnen diferentes trabajos sobre Tartessos, el V Symposium Internacional de Arqueología Peninsular, dedicado a *Tartessos y sus problemas* (Jerez, 1968), Barcelona, 1969; y el celebrado recientemente para conmemorarlo: *Tartessos 25 años después. 1968-1993*, Jerez de la Frontera (1993), 1995. También: Mª. E. Aubet (ed.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del bajo Gaudalquivir*, Sabadell, 1989; J. J. Enríquez y A. Velázquez (eds.), *La cultura tartésica y Extremadura*, Cuadernos Emeritenses, 2, Mérida, 1990.

Las fuentes literarias antiguas, aparte de las interesantes pero superadas *Fontes Hispaniae Antiquae*, están siendo reeditadas y comentadas en la serie *Testimonia Hispaniae Antiqua*, editadas (desde el vol. II) por la Universidad Complutense y la Fundación de Estudios Romanos, de Madrid, a partir del año 1994.

